

DIRECCION CLASICA DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA

Después de las grandes crisis es cuando los Estados se dan cuenta mejor de que la cuestión pedagógica ha sido, es y será siempre la de más alto interés para los pueblos, porque de su acertada solución depende, más que de ningún otro factor, su prosperidad y grandeza. Aun en el orden material, de nada sirve a un país poseer ingentes riquezas naturales si la educación no prepara a sus hijos para explotarlas y aprovecharlas convenientemente. Bien se comprende, por eso, que pasada la Gran Guerra, los problemas pedagógicos se impongan a los estadistas como preferentes y, entre ellos, los relativos a la enseñanza secundaria, lo que claramente se explica por ser este grado el más cuestionable a causa de la variedad de direcciones de que es susceptible y el más importante como el preparador para la vida y como base de la enseñanza universitaria.

Dos son las direcciones que hoy se disputan el predominio en la enseñanza media: la clásica y la realista, científica o moderna, que con tanta diversidad de nombres se la conoce. La enseñanza media clásica se caracteriza por el estudio de las lenguas llamadas clásicas, o sea el latín y el griego, sin excluir las modernas, seguido de la filosofía racional. La enseñanza media realista no tiene plan fijo ni universal. Sus características principales son: instrucción parcial o especializada, y, en consecuencia, bifurcación; sustitución del estudio de las lenguas clásicas por el de las modernas; preponderancia de las asignaturas científico-experimentales sobre las literarias; sustitución de la filosofía racional por las matemáticas; esta última es la clave del sistema.

Los partidarios del sistema realista sostienen que él prepara mejor para la vida, porque, especializando a los hombres desde temprano los habilita para ejercer su oficio o profesión con más eficacia, sobre todo tratándose de las carreras técnicas. Sostienen, además, que es también educativo, porque si la Química experimental, la Geografía

descriptiva, la Historia Natural, etc., despiertan sólo el espíritu de observación, las matemáticas, en cambio, tienen gran fuerza educadora. Veamos lo que hay de verdad en estos asertos.

Respecto a la mayor eficacia de la instrucción especializada cabe preguntar: ¿Qué es preferible, aprender a ganarse pronto la vida o aprender a ganársela mejor? Lo primero indica un provecho inmediato pero mezquino, lo segundo, uno menos rápido, pero de mejores frutos. Lo primero limita el horizonte, lo segundo lo amplía indefinidamente. En consecuencia: no cabe duda en la elección; ello aparte de que el hombre no tiene la única finalidad de ganarse el sustento material, sino, al lado de ésta, otras más elevadas: las que el espíritu se refieren.

En cuanto al poder educador de las matemáticas tenemos que si en verdad ellas educan, lo hacen en orden contrario al que exigen el desarrollo síquico del niño, conculcando así los preceptos de la pedagogía moderna que merecen toda fe por basarse en hechos psicológicos naturales.

En efecto, las matemáticas educan en el alumno, la atención, el raciocinio pero no la memoria ni la imaginación y la sensibilidad, que se despiertan antes en él. La memoria de las matemáticas es vicio y ellas no dan ni pueden dar cabida a la imaginación ni a la sensibilidad. Educan, pues, parcialmente a la inteligencia o sólo en su aspecto superior, y, al hacerlo, rompen el desarrollo armónico de la psiquis infantil. No faltan así, únicamente al desenvolvimiento síquico sino a la natural graduación en el desarrollo mental del niño. De otro lado esta educación crea el mal hábito de ver las cosas sólo bajo uno de sus aspectos, el de la cantidad; hábito que conduce fatalmente al error y al fracaso, porque la experiencia enseña que la lógica de la vida, desmenuza y aplasta, tarde o temprano, a la lógica estrecha del número. Estos argumentos no suponen, de ninguna manera, oposición al estudio de las Matemáticas, sino sólo a su aprendizaje prematuro.

Pero no es sólo la reflexión que nos convence del error fundamental de la educación llamada científica, son también los hechos los que hablan en el mismo sentido con su elocuencia infalible. Se conocen varios ensayos. Citaremos dos por ahora: A fines del siglo XVIII se hizo en Francia la primera prueba de un plan en que predominaban las matemáticas. "Este plan, escribe Mr. Poirson, produjo los más deplorables resultados. En seis años salió una juventud casi toda de bochornosa ignorancia". En Baviera se hizo otra tentati-

va análoga a principios del siglo XIX. "El resultado, escribe Mr. Thiorsch, fué que los alumnos no llegaron ni siquiera a la mediana y el sistema cayó en descrédito y fué suprimido al cabo de pocos años". (1)

Los defensores del sistema clásico, en cambio, sostienen de acuerdo con la experiencia: que no es lo más útil lo que conduce a ganar pronto sino lo que conduce a ganar mejor; que el desarrollo excesivo de una facultad impuesto por la especialización, se realiza fatalmente con perjuicio de las otras facultades; que antes que al industrial al profesional y al sabio hay que formar al hombre; y que esta es la manera más eficaz y segura de obtener un buen industrial, un ilustrado profesional y un verdadero sabio. Así reconocen como fin de la enseñanza secundaria el que en verdad le corresponde: el educativo.

Veamos sintéticamente sus argumentos. La primera facultad que se desarrolla en el niño es la memoria. De ahí su preciosa facilidad de aprender idiomas. El sistema clásico, reconociendo este hecho, prescribe un estudio más intensivo de ellos que el que señala el moderno. Después de la memoria, se desarrollan la fantasía creadora y la sensibilidad; y el estudio de las lenguas, siempre que se escojan buenos modelos para las lecturas, es un gran depurador del gusto, que controla y regula estas facultades. A este respecto son útiles tanto las lenguas modernas como las clásicas; pero bajo otro punto de vista hay que preferir las últimas. La imaginación y la sensibilidad tienen en ellas apropiado estímulo.

El latín y el griego son lenguas objetivas y plásticas, porque fué el espectáculo de la naturaleza el que primero admiró y entusiasmó al hombre. Por eso el estudio de los clásicos educa la imaginación sin desbordarla. Sus figuras son concretas y precisas. La célebre descripción de Júpiter hecha por Homero en tres versos, se dice que inspiró a Fidias su famosa estatua. Las lenguas modernas están llenas de figuras nebulosas y vagas, tomadas de la poesía germánica y medioeval, poseedoras de misterioso y secreto encanto, pero poco a propósito para modelar las imaginaciones juveniles. De otro lado la simplicidad y poca vehemencia de los clásicos constituyen un freno a los ar-

(1).—Raimundo Carbonell.—Citas que trae en su obra "La Enseñanza en España".

dores juveniles; pero dentro de su moderación los antiguos hacen vibrar poderosamente los afectos más nobles que el niño debe alimentar: el amor patrio, el amor filial, la reverencia a la divinidad, etc. Allí están para probarlo las epopeyas de Homero con sus bellos ejemplos de amor a la tierra que nos vio nacer, de amistad pura, de fidelidad conyugal, de piedad filial. ¿Puede haber algo más conmovedor en orden a los sentimientos familiares que la despedida de Héctor y Andrómaca, y la historia de Penélope y los pretendientes? ¿Quién ha superado a Demóstenes en la energía vibrante de la expresión del patriotismo? En la literatura latina, ¿Quién como Cicerón ha acertado a expresar la grandeza del amor a la justicia? Los ejemplos podrían multiplicarse pero lo citado basta.

En cuanto a los progresos superiores de la inteligencia, los estudios gramaticales—tal es la opinión de los más notables educacionistas—superan a las matemáticas como instrumento para el desarrollo del raciocinio. Y ello es natural, ya que las categorías gramaticales son de carácter lógico, cualquiera que sea la lengua de que se trate. Pero, aquí también nos encontramos con la superioridad de las lenguas clásicas. Ninguna lengua moderna, aseguran los entendidos, proporciona como ellas, por la precisión de su sintaxis, el arte de entender y el correlativo de expresar con exactitud. A diferencia de lo que sucede en las modernas, en las clásicas, por ser lenguas propiamente de flexión, persevera siempre el tema, matizado por partículas que se añaden modificándolo e incorporándose a él para formar una sola palabra. Así el alumno se acostumbra a distinguir la sustancia del accidente y esto es una excelente escuela de lógica. La LOCUCIÓN PERIÓDICA de las lenguas clásicas desarrolla la facultad de pensar. En las lenguas modernas las ideas van encadenadas unas a continuación de otras de tal modo que se comprenden sin dificultad a medida que se va leyendo. En las lenguas clásicas las ideas están agrupadas formando un todo armónico de tal manera que para comprenderlo no basta ir entendiéndolo sucesivamente cada una de las partes sino que hay que abrazar todas ellas en una vista de conjunto a fin de descubrir sus relaciones.

Pero más poder aún que las lenguas tienen los estudios filosóficos para el desarrollo de la inteligencia, y por ello constituyen el principal instrumento del sistema clásico. Es la Filosofía, como sabemos la que dá las nociones generales que se presuponen en el estudio de las ciencias; es ella, también, la que vuelve a recogerlas en su seno

reuniendo en un haz sus últimas conclusiones para seguir la marcha ascensional del espíritu humano, a partir del punto en que ellas se detienen. Así la Filosofía responde a la exigencia de unidad que conforma nuestra mente. A esta no la satisface la visión fraccionada del universo que nos dan las ciencias particulares, quiera imperativa, ansiosamente, una visión de conjunto que sea una mejor comprensión de la realidad objetiva. Y quiere aún algo más trascendente: vislumbrar el lazo que une la realidad interna del espíritu con la externa del Universo. La filosofía satisface estas demandas, y al hacerlo educa, como ningún otro estudio, la inteligencia, porque lo hace dentro de sus propias leyes.

Aun más que en la materia de su enseñanza, el sistema clásico funda su eficacia educadora en su método y procedimientos, lo que en él se llama la forma. Ella no es más que el insustituible método socrático, armonizado con ciertas prácticas medioevales. No debemos asustarnos, por la palabra medioevales; dichas prácticas eran excelentes; y en su exageración condujeron al verbalismo, bien empleadas, como lo serían hoy a la luz de los progresos pedagógicos, darán magníficos resultados.

Brevemente indicaremos en qué consiste la forma del sistema clásico. En vez de las lecciones o pasos, las repeticiones y preguntas. Explicando un punto el alumno debe repetirlo inmediatamente después, y sobre lo que él recuerde vienen las interrogaciones, no de examen como en la escuela moderna, sino de sugestión, como fueron siempre las del sabio Sócrates, es decir, suscitando el propio esfuerzo del alumno la preciosa colaboración que tanto recomienda hoy la Pedagogía. Fácil es darse cuenta de las grandes ventajas de este método: la atención y la memoria en constante estímulo, se desarrollan admirablemente.

Para el desenvolvimiento de las funciones superiores de la inteligencia están las composiciones y las versiones. Las primeras educan de modo particular la inventiva: las versiones, el raciocinio y la investigación, pues tratándose de lenguas a la par ricas y precisas como las clásicas, hay que buscar, entre muchos el término que conviene y ello sin el auxilio del diccionario. Todas estas ventajas de orden intelectual se logran, aparte de las que para la educación del sentimiento trae la cuidadosa selección de trozos en las obras de los más grandes escritores de la antigüedad.

Por lo que a la Filosofía y las Humanidades respecta, el sistema es igualmente muy práctico. El profesor expone su tesis, la explica y resuelve sus dificultades abriendo amplio camino a las observaciones de los alumnos. Estos tienen la más completa libertad de formularlas; y sólo se pasa a un nuevo punto cuando el anterior ha sido suficientemente dilucidado. ¿Es esto el *MAGISTER DIXIT*, la tiranía del pensamiento de la calumniada enseñanza medioeval? ¿No había en esta más ardor, más dinamismo que en las formas secas y frías de la docencia actual? Claro es que mal empleado este instrumento conduce al verbalismo; pero bien empleado ¡cuánta riqueza oculta en las almas puede sacar a flote!

Todos los citados procedimientos conducen al niño a colaborar con sus maestros en la obra de su propia educación; y de aquí una constante gimnasia de la voluntad, una escuela del carácter, factor el más importante para el éxito de la vida.

Expuestas las virtudes del método, del sistema clásico y unidas ellas a las que resultan de la selección de su materia de enseñanza, ¿cómo dudar de que tal sistema es preferible al moderno para aducar a los niños de las clases elevadas. En él, éstos obtienen el desarrollo gradual y metódico de las facultades del alma y lo obtienen en el mismo orden que la Naturaleza ha señalado el desenvolvimiento síquico del hombre. La memoria, la imaginación y la atención se educan antes que el raciocinio. Y, paralelamente a estos procesos, se perfeccionan el buen gusto y la delicadeza de los sentimientos, por la contemplación y la imitación inteligente de equilibrado espíritu y las formas impecables de la belleza clásica. ¿No es ello más útil que la especialización de la escuela moderna en una edad que por temprana ha de elegir mal en la mayoría de los casos?

Eminentemente educadora en sentido integral, la escuela clásica, es, por esta misma virtud, según ya hemos visto, la mejor de las preparaciones para la enseñanza universitaria. Por la índole de su materia, en la que predominan las humanidades, proporciona sólida base a las profesiones filosófico-literarias. Para los escritores posee la inapreciable ventaja de formarles y perfeccionarles el estilo. Un Fray Luis de León, un Fray Luis de Granada, un Cervantes, un Mendoza, un Mariana, un Solís y cien más; a los estudios clásicos debieron la singular belleza del suyo

Pero, ¿ocurre lo mismo, tratándose de las carreras científicas? ¿La escuela clásica será también buena preparadora para éstas? Interesantes y concluyentes datos existen al respecto.

“En 1852, el gobierno francés dispensó a los estudiantes de medicina de presentar el diploma de bachiller en letras. Los resultados fueron tan desastrosos, que, seis años más tarde, POR RECLAMACIÓN DE LAS FACULTADES DE MEDICINA, se revocó la referida disposición y se volvió al bachillerato abandonado”. (2)

Mucho más importante aún es el que nos dá Rusia. Cuando se quizo establecer institutos que dieran una preparación especial para las carreras técnicas, se encargó a dos miembros del Consejo de Instrucción Pública, los señores Georeievski y Steinmann, que estudiaran las experiencias realizadas en los diferentes países de Europa. El resultado de dicha información lo dió a canacer, con algunos datos más, por él recogidos, Mr. A. de Hoesen. Consejero de Estado y miembro del Consejo de Instrucción es la Conferencia leída ante el Congreso Internacional de Enseñanza reunido en Bruselas en 1880. Ella es ampliamente favorable a la escuela clásica. Las más altas autoridades científicas, los directores de los institutos politécnicos y los presidentes de las sociedades creadas para el desarrollo de las industrias de Austria, Hungría, Alemania, Suiza, Francia y Bélgica se expresan con rara uniformidad, en términos que, a la vez que condenan la preparación llamada científica de la enseñanza secundaria, preconizan la clásica como la más apropiada para dar las bases de una sólida educación técnica y para formar espíritus de dirección e iniciativa.

Seleccionaremos algunas opiniones:

El profesor Tilscher, rector del Instituto Politécnico de Praga, asegura que él y sus colegas prefieren un alumno humanista a diez realistas, porque “los humanistas, luego que se han familiarizado en la Sección preparatoria del Instituto Politécnico de dibujo, resultan los mejores estudiantes, gracias a su mayor desarrollo intelectual y a su educación formal, incomparablemente superior”.

Mr. Kleinfeller, matemático de Munich, rector de la escuela industrial y profesor de Geometría descriptiva y de cálculo diferencial e integral, dice: “Las escuelas especiales superiores tendrán la MAYORÍA de sus discípulos procedentes de las escuelas realistas; pero los

(2).—Raimundo Carbonell.—Obra citada.

MEJORES serán, como la experiencia lo demuestra, los que proceden de los gimnasios. Estos, aunque a su entrada en una escuela especial no tengan instrucción suficiente en Matemáticas, profundizan, no obstante de ordinario con mayor facilidad y energía las materias, aunque nuevas para ellos, y se enseñorean de ellas con más claridad. Penetran más rápidamente la esencia de las cosas y ejercitan más sistemáticamente la acción de pensar”.

Mr. G. Schmidt, y Mr. Eteiner, profesores del Instituto Politécnico alemán, de Praga, se declararon decididos partidarios de la educación clásica, APESAR DE QUE HABÍAN HECHO SUS ESTUDIOS PREPARATORIOS EN ESCUELAS REALES.

Con razón, pues, concluye Mr. Heesen:

“Parece que la masa de testimonios en favor de la superioridad de los estudios clásicos es tan considerable, que en el ánimo de cualquier hombre imparcial no puede dejar lugar a duda sobre la verdad; con tanta y más razón cuanto que estos testimonios proceden, en su mayor parte, de especialistas, matemáticos, físicos, mecánicos, químicos, y arquitectos, a quienes en modo alguno se puede suponer preocupados en favor de las humanidades”.

El notable escritor español Ramiro de Maeztu, en su reciente e interesantísimo artículo sobre la reforma clásica del bachillerato en Francia, trae citas en apoyo de los estudios clásicos, de gran valor por venir de hombres de negocios. Entre ellas es muy concluyente la de M. de Peyerimhoff, secretario general del comité central de las compañías hulleras de Francia, que reproducimos: “Lo que el país necesita—dice—es selección, “élite”. Los obreros se pueden sustituir con trabajadores extranjeros. Los técnicos se producen en las escuelas a las dotes de organización y de mando: la “fecundidad de imaginación, la penetración de los hombres y de las cosas, la seguridad y la amplitud del país, la firmeza de carácter que, después de haber presidido el nacimiento de los grandes proyectos aseguran la realidad oportuna, adaptada y perseverante”. N. Peyerimhoff cree que ninguna otra enseña mejor a pensar, a clasificar, a construir, a convencer por la exposición o por el informe.

Ante la importancia de tales testimonios no queda otra conclusión que suscribir la de Mr. Heesen. ¿Qué oponer al aserto de aquéllos que por ocupar sitio de honor en el campo de la Ciencia habrá que considerar favorables a la preparación científica de la escuela moderna?.

No es de extrañar, por consiguiente, que en la actualidad, puesto en el tapete de la discusión el fin que debe darse a la enseñanza media, se inclinen los gobernantes más ilustrados y patriotas del lado de la escuela clásica.

Un clamor unánime se eleva de los labios de los dirigentes de las cosas públicas. ¡Queremos hombres, verdaderos hombres de iniciativa y de esfuerzo para reparar las ruinas que doquier ha sembrado la más espantosa de las luchas que la Humanidad haya sufrido!. Pues bien, esos hombres no se improvisan, hay que formarlos. ¿Dónde?. Una antigua experiencia, siempre con éxitos repetida, da la ansiada respuesta: "En los institutos fundados sobre los principios de la cultura clásica". No es cuestión de teorías sino de hechos. Allí está la clásica Inglaterra para probarlo con la gloria inmarcesible de sus viejos *Colleges* de Cambridge y de Oxford.

Nada se ha encontrado mejor para formar al hombre que el bachillerato clásico, cualquiera que sea la especialidad a que después se dedique. Necesidades ficticias de un mercantilismo dominante y absorbente hicieron olvidar por algunos años esta verdad; pero ante el fracaso innegable, ante la bancarrota de los valores humanos, volvemos de nuevos los ojos a la vieja conquista pedagógica; y en los planes de enseñanza torna a ser obligatorio el latín y aún el griego, y vuelve la Filosofía a empuñar el cetro director que para bien de la Humanidad, nunca debiera abandonar.

Hombres providenciales — surgidos después de la Gran Guerra para alivio de sus desastres—como Bérard en Francia y Mussolini en Italia, son entre otros, los principales gestores de la reforma clásica; y no cabe duda que el mundo civilizado todo se apresura a seguir su ejemplo.

Lima, 1932.

J. L. Madueño.
